

la avanzaba en lucha contra enemigos que, españoles también, se defendían con tesón. Era una lucha llena de fiereza y porfía. Los rojos perdían el terreno monte por monte y después lanzaban continuos contrataques que solo aquellas fuerzas, mandadas y animadas por hombres como el general García Valiño, eran capaces de resistir.

Las altas cumbres del Bizcargui, de gran importancia estratégica, habían sido ocupadas gracias al valor de soldados del Regimiento de San Marcial. Allí estaba el cabo Anfiloquio González, que ya antes se había distinguido como hombre arrojado, y sus jefes le habían habilitado para sargento, dándole el mando de un pelotón.

Los rojos pusieron todo su empeño en la reconquista de aquellas peñas peladas, y desencadenaron sobre ellas un infierno de metralla. Artillería, morteros y ametralladoras machacaron los picachos.... Lo podemos imaginar tal como sucedió.

Anfiloquio animaba a sus hombres. ¡Viva España! ¡Adelante San Marcial!

Una y otra vez es rechazado el enemigo. Una y otra vez se revuelve encorajinado. El valiente cabo continúa gritando sus vivas a la Patria; pero un proyectil, bien dirigido contra aquel parapeto caliente de amor a

España, corta el brazo izquierdo del bravo jefe del pelotón, y estalla unos metros más allá.

Anfiloquio siente vivo el dolor de la carne desgarrada, y entonces, escalofríos dan al pensarlo, agarra el brazo muerto, lo arranca rompiendo las fibras de carne que aún lo ligaban al cuerpo. Lo levanta en alto y grita:

—¡Esto no es nada! ¡Viva España!

Y sus soldados encuentran ánimos para seguir peleando.

Poco tiempo puede un hombre por muy grande que sea su valor y su vitalidad, resistir de pie mientras se desangra por el muñón de un brazo desgajado. Anfiloquio, viendo que le faltan las fuerzas, se retira hacia el puesto de socorro. Pero rechaza toda ayuda; marcha él solo, por su pie.

Por el camino se cruza con refuerzos que acuden al combate, levanta el sangriento despojo y grita otra vez:

—¡Esto no es nada! ¡Adelante San Marcial! ¡Viva España!

Y allá va el heroico Anfiloquio González García con su brazo arrancado, en alto como una bandera, gritando al aire el valor de los soldados de España.

.... Cuando supe quien era, sentí un gran respeto por aquel hombre que, camino de Mahón, fumaba tranquilo un cigarrillo en la cubierta del barco.

Semblanza Navideña

Por J. L. J.

Un lazo oculto me une a la noche.

¡Oh, noche navideña!

Donde iré yo que me aleje de tu espíritu?

Siento el rumor de agua cristalina y el acercamiento de la Luz con toda su maravillosa grandeza.

Tal vez las tinieblas me ocultarán porque pertenezco a ellas; más yo sé que cuando la última nota flote en el aire, la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres. Porque las tinieblas, no son oscuras para ti.

Y entonces me consumiré interiormente, en un fuego líquido que abrasará mis sienas.

Gritaré en medio de la luz y las tinieblas:

Donde tienes tu el templo?

Y la niebla cubrirá tu fortaleza, escondiendo el cuerpo en tus propias entrañas para que mi sustancia inmunda sufra su alejamiento.

¡Oh, noche navideña!

Quiero tu presencia.

Subí a tu seno y te encontré, más si bajo al abismo sé que igualmente me conducirá tu mano.

Tu eres dueña de mis afectos, oh, gran noche. He mirado a través de una transparencia helada y he visto caer copos, que mutilaban las carnes de un niño. Y tu

noche, has caído implacable sobre él, sondeando su tierno corazón le has herido de amor y alumbrado su camino con la luz tímida de una estrella fugaz.

Tu, noche, has sido quien le ha infundido esta alegría hasta conducirlo a tu abundante mesa.

Tu fuistes la que en otra noche como esta, engendrastes el alimento que hoy derramas.

Podrás tú por ventura endurecer las pasiones que de mi perverso cuerpo brotan?

¡Oh, noche navideña!

Restitúyeme cuando suene la última nota a través de tu mismo aliento y que después de aniquilado su poder, sea su frialdad, calor para mi corazón.

A tí, ¡oh noche! clamaré: No te hagas sorda a mis ruegos porque mi arrepentimiento es grande y mi confusión me avergüenza.

Gente extraña enciende el fuego de mis dudas, en este momento acuden a mí con manjares y bebidas substanciosas.

No quieren escuchar ni prestar oídos a mis palabras.

Mi vista, mi espíritu, mis entrañas, se han conturbado. Pero tu ¡oh, noche! cuán grande eres.

Noche navideña, intangible y pura, tu ayuda me libertó de la tentación de un agua tenebrosa suspensa en las nubes del aire.... hasta esclarecer mis tinieblas.